
Desaparición de la vida y desaparición de la verdad – Los “femicidios” de Ciudad Juárez como un amasijo de historias

Roberto Ponce-Cordero

University of Pittsburgh

En un fugaz pasaje de 2666, la novela póstuma de Roberto Bolaño publicada en 2004, dos críticos literarios europeos y un exiliado chileno visitan, en una ciudad supuestamente imaginaria pero dolorosamente similar a Juárez, la urbe fronteriza mexicana tristemente célebre por sus numerosos "femicidios" irresueltos, a un mago que se hace llamar Doktor Koenig, pero de cuya identidad los críticos tienen serias -y ominosas- dudas. Durante el interrogatorio que tiene lugar, nada es revelado, aparte del hecho de que el mago, efectivamente, es un mago.

- ¿En qué consiste su número de ilusionismo? – le preguntó Pelletier en inglés.
- Empiezo haciendo desaparecer pulgas – dijo el Doktor Koenig, y los cinco se rieron.
- Es la mera verdad – dijo el empresario [el jefe del mago].

-
- Luego hago desaparecer palomas, luego hago desaparecer un gato, luego un perro, y finalizo mi acto haciendo desaparecer un niño. (176)

Pese a lo aparentemente inocuo e irrelevante del verdadero “detallito” que es, en el contexto de la obra, este diálogo –dos de cuyos protagonistas, incluido el mago, ni siquiera vuelven a aparecer en los centenares de páginas que le siguen –, resulta tentador leerlo como una alusión narrativa al realmente inenarrable horror de los crímenes que, desde hace más de 16 años, vienen siendo cometidos con total impunidad contra las mujeres de Juárez, y que de hecho constituyen el referente temático más evidente de *2666*.

Después de todo, la novela de Bolaño puede ser considerada la representación artística definitiva de estos hechos de sangre, al menos hasta el momento (y la envergadura de la obra, así como su perfección estética, hacen difícil imaginar que pierda este estatus en el futuro cercano), y el hecho mismo de que, en el fragmento citado, se hable de un mago que hace desaparecer niños, apunta al carácter en última instancia inexplicable de los asesinatos, que parecen desafiar las leyes de la lógica criminológica e incluso de la causa y efecto.

Además, la progresión de sujetos destinados a ser desaparecidos en el acto circense del Doktor Koenig crea una continuidad implícita y aterradoramente amoral entre formas animales “primitivas” (los insectos), otras más “desarrolladas” (el perro) y, finalmente, seres humanos (el niño). Estos últimos, no obstante, en vista de su posición de fundamental debilidad en una sociedad marcada por la extrema desigualdad, están reducidos de facto a ser mucho menos que seres humanos. Por injusto que esto sea, y por inhumano que suene –lo cual es, por otro lado, precisamente el quid de la cuestión– dichos sujetos

desposeídos y rechazados, que proliferan en el sur global, son, para el orden vigente, no tanto seres humanos como cuerpos vivos pero desnudos, privados de todo derecho basado en la individualidad y en la ciudadanía, y en ese sentido intercambiables y hasta desechables.

Por supuesto, los homicidios de Juárez, que no sólo en los círculos intelectuales y académicos de Occidente han convertido a esta ciudad en un símbolo de todo lo negativo de la globalización, la explotación transnacional y el patriarcado, no han tenido como víctimas principales a niños sino, muy específicamente, a mujeres (no pocas de las cuales, eso sí, y sin duda, eran legalmente menores de edad a la hora de ser asesinadas). De hecho, y como lo revela el mismo uso del neologismo “femicidios” (o “feminicidios”), imprescindible a la hora de hablar de esta ola delictiva, las mujeres de Juárez no son un mero “daño colateral” de la violencia endémica de un paisaje urbano devastado por el mercado mundial –mercado dentro del que se incluyen tanto la industria ilegal del narcotráfico como la de la migración indocumentada, tan esenciales para la economía de Juárez en particular y de México en general, así como por extensión para la de toda América Latina–, sino que representan el objetivo característico de dicha violencia. Asimismo, pero en un registro ligeramente diferente, es sólo el sexo de las víctimas el que le da una cierta coherencia interna, una lógica y un centro a dicha violencia por otro lado incoherente, ilógica y descentrada.

Y es que ni la inmensidad de los números, que ascienden (hasta ahora) a cerca de medio millar de cadáveres femeninos y a una cantidad desconocida de desaparecidas, ni lo poco plausible de que un fenómeno violento de esta magnitud, pero que no es ni estatal ni paraestatal, pueda constituir realmente, y más allá de su percepción mediática, un *único* fenómeno o, en otras palabras,

una en otras palabras, una *única* ola criminal, evitan que justamente se hable, ya desde 1993, de una única ola tal. Efectivamente, es como si a la violencia misógina de Juárez se le atribuyera, por medio de esta construcción de una unidad, una implacable lógica que, a pesar de su claro cariz diabólico, o más bien debido a éste, acaban dándole al fenómeno de los “femicidios” una agencia que, paradójicamente, es similar a aquella agencia individual de la que las víctimas de los asesinatos tan descarnadamente carecen.

Las características específicas de la lógica que se le atribuye a la violencia de Juárez, ahora bien, son motivo de intenso debate, y la misma espectacularidad del asunto ha llevado, de hecho, a la postulación de una miríada de “verdades” diferentes y a veces completamente divergentes sobre lo que está pasando y, de manera quizás más frustrante, sobre quién es el culpable. En otras palabras, en la industria paranoica de teorías conspirativas e historias alternativas a la “verdad” oficial, los candidatos a desempeñar el papel de responsables de los “femicidios” y, como tales, de enunciadores de la lógica violenta que ha puesto a la ciudad en el mapa de la monstruosidad internacional, son múltiples y a cuál más abstracto e incommensurable.

Así, desde el narcotráfico hasta la acción del imperialismo post-comunista representado por el NAFTA, pasando por el estereotípico machismo mexicano y la superexplotación de los trabajadores en el sistema de la maquila, las “desviaciones” sexuales personales de unos cuantos y la existencia de pandillas juveniles, o la corrupción estatal y la siempre sospechada celebración de ceremonias satánicas en ciertos sectores de la sociedad, entre otras categorías más o menos inaprensibles, han sido recurrentemente invocadas como culpables del hecho cierto –el único hecho cierto– de que cientos de mujeres han sido asesinadas en Juárez sin que ninguna de estas versiones de la realidad pueda ser

a priori considerada más o menos “verdadera” que las otras. Al igual que el magnicidio de John F. Kennedy, la racha de crímenes de Jack el Destripador o virtualmente todo lo relacionado con el régimen de la Alemania nazi, por sólo mencionar algunos famosos “enigmas” históricos, el fenómeno de los “femicidios” ha adquirido –paradójicamente por vía de la espectacular desaparición de la vida que conlleva, así como especialmente de la profusión de narrativas que se articulan para explicarla– una especie de vida propia que ya sólo superficialmente tiene que ver con el orden de la realidad o, para tomar prestado el título del estudio de Sergio González Rodríguez sobre los asesinatos de Juárez, una vida propia que ya poco tiene que ver con la materialidad en sí de los “huesos en el desierto”.

En efecto, en el caso de la violencia misógina de Juárez no estamos ya ante un “caso” en el sentido policial del término, en el que el ejercicio de la inteligencia pudiera determinar un culpable y, dada una voluntad de justicia acorde, llegar incluso a castigarlo. No estamos tampoco, sin embargo, ante un simple escándalo político ni ante un particularmente craso ejemplo de negligencia estatal. En cierta forma, no estamos ni siquiera, o al menos no solamente, ante una prueba más de la desigualdad estructural de los sexos existente, por descontado, en el mundo actual. Cualquiera de estas opciones explicativas sería terrible por sí sola, pero, mucho más inquietantemente, estamos ante todas y cada una de ellas, y ante todas ellas juntas, y ante muchísimas más o, mejor, ante un número infinito de narrativas explicativas más. Lo cual equivale a decir, por supuesto, que no estamos, en rigor, ante ninguna de ellas.

En lugar de constituir un espectáculo *à la* “whodunit” hollywoodense sobre la interacción brutal pero apasionante de un misterioso asesino y su víctima colectiva, entonces, o en la no menos hollywoodense tradición de la intriga

política sobre el encubrimiento de la verdad por parte de una burocracia impersonal y de mecánica eficiencia, la ola de “femicidios” de Juárez es, más bien, el espectáculo ambiguo y fatalmente indeterminado, o incierto, de una pléyade de historias que giran alrededor de los cadáveres desechables de mujeres atrozmente marginalizadas. Se trata, en otras palabras, de una suerte de dínamo de energías narrativas que emergen, más o menos prominentemente, en diversos campos discursivos, y que expresan, en conjunto, una historia de violencia, de abyección y de la pérdida del sentido.

Más concretamente, si se piensa en las aproximaciones a la problemática de los “femicidios” llevadas a cabo por estrellas mediáticas de distinto calibre como Jennifer Lopez, Tori Amos e incluso el mismo Bolaño, entre otras, así como si se piensa en las versiones de la “verdad” oficial ofrecidas por un estado desacreditado y en las de la “verdad” alternativa (o más bien las “verdades” alternativas) defendidas como ciertas por las familias de las víctimas y otros actores sociales, podemos empezar a hablar, realmente, de un amasijo de historias que, en definitiva, y para citar a Robert K. Ressler, investigador del FBI norteamericano que intentó –sin el menor éxito– desentrañar el “misterio” de Juárez, crean una verdadera “twilight zone”.

Al fin y al cabo, ¿qué mejor membrete para un fenómeno narrativo/mediático como el que es, hoy por hoy, el de los “femicidios” de Juárez que uno tomado del título de una clásica serie televisiva norteamericana que marcó decisivamente la manera en la que generaciones enteras de sujetos interpretan sucesos ajenos a su comprensión?
